



Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano

Gaceta del Consejo

*Gasete del Consell * Kontseiluaren Aldizkaria * Gaceta do Consello*

Núm. 5

Junio de 2001

Editorial

Lacan se presentaba en su enseñanza como analizante: suponiendo un sujeto al saber del psicoanalista. Ese sujeto es, para él, primero, la presencia de Freud, la presencia de Freud en el mundo. Luego es la causa lo que le guía: la causa de la división del deseo Freud y, en consecuencia, del deseo del psicoanalista. Más adelante lo que nos tocan son las formas de locura de las que vive aquél que sabe. Todas estas formas de supuesto saber entran en consideración a la hora de formar analistas.

Digamos que la **Gaceta** va recogiendo trazos en este trayecto analizante provenientes de interesados en la experiencia de la Escuela.

La Escuela es el interés transferencial de esta operación.

Antoni Vicens

La Presidenta

Después de Roma

Viajé a Roma con motivo de la Asamblea de la EEP y asistí al Coloquio Jacques Lacan, a la Conversación en el Colegio Nazareno y a la Asamblea de la Sisep.

Primero, el impacto que me causó la entrada en la ciudad que había visitado hacía veinte años. Luego, cuando llegué al lugar donde se realizaba el Coloquio me invadió la sorpresa. No sólo el lugar era sorprendente, también lo era ver

allí reunidas a unas quinientas personas y escuchar las intervenciones de psicoanalistas de otras instituciones, de intelectuales de prestigio y de nuestros colegas de la AMP sobre Jacques Lacan.

Pude constatar los problemas comunes a las Escuelas a la vez que sus diferencias, y esto me dió nueva luz sobre las dificultades con las que nos encontramos día a día en nuestra Escuela.

Jacques-Alain Miller, en su intervención en el Colegio Nazareno, demostró que lo que para Italia es un problema a la hora de la fundación de la Escuela es justamente la solución. La ley Ossicini se torna la solución cuando la Escuela no se enfrenta a ella sino que se vale de esta ley del Estado para fundar una Escuela cuya garantía sea superior y sirva para diferenciar al psicoterapeuta del psicoanalista. Nuestra ELP del CF no se enfrenta a la ley Ossicini, pero ello no se puede considerar una ventaja, pues quizá no nos permita ver claramente donde está ubicado nuestro problema. Es evidente que para nosotros debiera ser un problema candente la dilución del psicoanálisis en la psicoterapia, todavía más porque somos un país donde la ignorancia y rechazo a la teoría tanto de Freud como de Jacques Lacan, promueve un estado de opinión donde se mezclan y confunden cualquier especialidad "psi" con el psicoanálisis.

Mercedes de Francisco

El Papel del Consejo

Psi

Richard Rorty incluía ya hace algún tiempo la figura del terapeuta entre las más características, incluso prestigiosas, de nuestro tiempo. De hecho, su existencia se deduce de la inexistencia del Otro. Si no hay Otro, tiende a haber terapeuta. Allí donde antaño estuvo la religión, luego un discurso médico de corte higienista, etc., ahora se ha generalizado el papel de alguien encargado de solventar el desconcierto del sujeto contemporáneo frente a la ausencia de un manual de uso para la vida. Un Otro de pago.

Vivimos, pues, en la época de la salud mental generalizada. La salud mental no es ya un tema del que sólo se ocupen las "instituciones de salud mental". En cierto modo, cualquier consultorio privado tiende a convertirse, hasta que se demuestre lo contrario, en una institución de salud mental. Una institución, por lo tanto, que se opone a la institución de la transferencia propiamente analítica, que es, en primer lugar, una transferencia con el inconsciente mismo y que tiende a igualarse con la pulsión.

Hace algunos años, Eric Laurent se refería a la famosa "tercera oreja", tan cara a ciertos psicoanalistas de la IPA, como a un órgano que les nacía a consecuencia del ejercicio de su práctica, una especie de "enfermedad profesional" específica del analista de la IPA. ¿Existirá una enfermedad profesional del psicoanalista lacaniano?

Lacan, en el Seminario V, años antes de desarrollar su definición del analista en función del objeto *a*, ya decía que, por la propia posición que ocupamos como Otro en nuestra práctica, somos naturalmente nocivos. En aquella ocasión, Lacan se

refería en primer lugar a que somos nocivos para el analizante, pero también demostraba que ocupar el lugar del Otro es nocivo para el propio analista (véase el capítulo "Transferencia y sugestión").

Quizás se podría tratar de distinguir psicoterapia y psicoanálisis de esta forma: la primera es una práctica más o menos coherente con la demanda de ocupar el lugar del Otro que no existe y así hacerlo existir; el segundo es una práctica fiel a la consigna de hacerse a ocupar el lugar del objeto *a*, lo cual supone demostrar la inconsistencia del Otro. Entre estos dos planteamientos existe una tensión fuerte. Seguramente, ocupar el lugar del objeto *a* pasa por acoger una demanda que, por necesidades de estructura, se dirige al Otro (malentendido fundamental); de ahí que no siempre sea fácil desprenderse de lo que Lacan ya tendió a describir, en el mismo *Seminario V*, como una especie de sugestión invertida: aquel que se mantiene en el lugar del Otro para satisfacer la demanda del neurótico acaba siendo él mismo víctima de su propio engaño (vuelvo a remitirme al mismo capítulo del mencionado Seminario).

Una de las funciones principales de la Escuela debe ser, por lo tanto, ayudar al analista a combatir su principal enfermedad profesional, la de creerse el Otro. Hay que partir de la idea de que la propia práctica del psicoanálisis genera modalidades específicas de desconocimiento, que adquieren para cada cual formas diversas. Puede parecer exagerado llamar a esto enfermedad, pero lo que se produce llega a ser un tormento: las cosas que se dicen a veces en los controles están relacionadas con ese sufrimiento, que empieza por la fatiga, pero que no acaba ahí. Ceder en cuanto al deseo, también en cuanto al deseo del analista, tiene su coste. Por supuesto, todo empieza por una ganancia de goce, con la ayuda del fantasma de cada cual. Pero, a la larga, se producen síntomas que pueden ser graves y que tienen consecuencias.

De hecho, si Lacan inventó el dispositivo del pase, fue también para tratar los límites del dispositivo y los efectos que produce cuando queda librado a sí mismo. Pero la Escuela no sólo ha de combatir los efectos que la práctica del psicoanálisis tiene sobre el analista mediante el pase. En esto el control tiene un lugar importante. Quizás una definición del control sería la de un dispositivo destinado a tratar la enfermedad profesional que consiste en hacer existir (de nuevo) al Otro y prestarle el aliento del propio fantasma.

En este momento, todas las escuelas de la AMP se hallan implicadas en un debate en el que toda una serie de temas (la formación del analista, el pase, el control, pero también el significado de la condición de miembro) adquieren un especial relieve. Cuando la acción analítica pierde su fuerza, se ve fácilmente arrastrada por la marea de lo psi. Ello no ha de impedir darle el lugar que le corresponde a algo que Lacan incluyó en su idea de escuela: el psicoanálisis aplicado, que no se debe confundir con la práctica de la psicoterapia.

Enric Berenguer

Autres écrits

No creo que una ascesis de la escritura pueda llegar a reunir un "está escrito" en el cual se instauraría la relación sexual.

Jacques Lacan, "Lituraterre", 1971

La aparición de *Autres écrits*, de Jacques Lacan, se constituye en una herramienta de enorme utilidad para los lectores y estudiosos de su obra. La recibimos con entusiasmo ya que nos brinda nuevas posibilidades de clarificar su enseñanza.

La obra se ha presentado al público en la colección "Le champ freudien", fundada por Jacques Lacan y dirigida por Jacques-Alain Miller y Judith Miller (eds. du Seuil, París) y en ocasión del centenario del nacimiento de Jacques Lacan.

Este volumen reúne los textos que no estaban incluidos en sus *Escritos* de 1966. Y en él encontramos la mayoría de los escritos publicados en la revista *Scilicet*, los informes de los Seminarios de la École pratique des hautes études, *Televisión*, de 1973, prefacios, artículos y notas de las publicaciones del último período de su enseñanza, así como los textos consagrados a la Escuela, desde el "Acto de fundación" de 1964 a la "Carta de Disolución" de 1980, incluyendo en el Anexo la primera versión de la "Proposición" de 1967. Incluye también textos como "Los complejos familiares", de 1938, y "Lituraterre", que ocupa el sitio que en los *Escritos* tiene "La carta robada", y un largo etcétera.

"La aparición de la presente recopilación no dejará de tener incidencia sobre esa transferencia -dice Jacques-Alain Miller en el Prólogo del libro-. Hará existir, creemos, otro Lacan distinto del clásico (dicho de otro modo, clasificado) bajo el signo de la palabra y del lenguaje. El comienzo de los *Escritos* evocaba ya lo que surge la final de esta recopilación bajo el nombre de objeto *a* (léase objeto *a* minúscula). Así este objeto es el alfa de *Autres écrits*.

No es el omega -sigue diciendo Jacques-Alain Miller-. Lo que se deja vislumbrar en el horizonte apunta más allá. Para decirlo brevemente: del goce (concepto que reúne y desplaza lo que en Freud se llama *Lust*, incluso *Lustgewinn*, *Libido* y *Befriedigung*, satisfacción, de la pulsión), el *a* minúscula es solamente el núcleo elaborable en el discurso, es decir que no es real, sino un semblante. De ahí proviene la tesis radical según la cual lo real es lo excluido del sentido, comprendiendo ahí el "sentido gozado". Esta tesis discutida en su última enseñanza oral no fue tomada de nuevo por Lacan en ninguno de sus escritos. Ello da a esta recopilación su punto de fuga."

Autres écrits será publicado en castellano. Para hacer esto posible, un equipo de colegas está dedicado a releer las traducciones para su corrección.

A la espera de esa edición estamos.

Marta Davidovich

Otros escritos o escritos Otros

Tengo *Autres écrits* por primera vez en mis manos. Aún no me ha llegado el ejemplar que encargué, pero un buen amigo me ha dejado el suyo. Me sorprende ver *écrits* en minúscula y además precedido por este *Autres*.

Tras un rápido vistazo sobre el índice me dirijo al prólogo de Jacques-Alain Miller y me dejo guiar por él. Leo que no se trata de un retorno a Lacan, porque Lacan

sigue aquí, siempre de actualidad y quizá definitivamente intempestivo. Se trata de hacer ex-sistir a otro Lacan, a un Lacan diferente al que se ha hecho clásico bajo el signo de la palabra y el lenguaje. Para ello estos *Autres écrits* toman como punto de partida lo que "se eleva al final de esta compilación (*Escritos*) bajo el nombre de objeto *a*" y apuntan a un más allá que es el goce, pues el objeto *a* no es más que un semblante, un nudo elaborable en un discurso, pero no real.

No se trata de un retorno, ni por supuesto de un abandono de otros escritos, sino de otro recorrido por escritos de Lacan. De una manera muy rápida me dispongo a buscar algunos puntos de ese recorrido, a la manera del anticipo de un viaje que uno realiza sobre un mapa y a la espera de poder llevarlo a cabo con la calma y la intensidad que merece. Se inicia con "Lituraterre" como estación de partida y ya ahí aparecen parajes nuevos.

"...si propongo al psicoanálisis la letra como sufriente es porque muestra su fracaso. Lo aclaro así: cuando invoco de esta manera las luces es para demostrar donde hace un agujero" (pág.13).

"...¿No es la letra más propiamente... litoral, no deja constancia de que un dominio entero se constituye en frontera para otro, de que son tan extraños el uno al otro que no son recíprocos? ¿Lo que designa no es el borde del agujero en el saber? Si justamente lo que la letra dice por su propia boca literalmente no le fuese preciso desconocerlo, ¿cómo podría el psicoanálisis negar que para colmar el agujero la letra recurra a invocar el goce?" (pág. 14).

El recorrido transcurre por áreas muy diversas, por zonas geográficamente diferenciadas. Si nos paramos brevemente en los textos institucionales, podemos recordar párrafos necesariamente transistados tras un periodo de constitución de nuestra Escuela. Ahí hallaremos los tres puntos de fuga. Si hay dudas sobre la conveniencia y necesidad de mantener el carácter intempestivo de ese otro Lacan, cabe sólo recordar la tercera facticidad a la que se refiere en la "Proposición sobre el psicoanalista de la Escuela". No es sólo real, es demasiado real y es lo que el término campo de concentración convierte en nombrable. Pero no es más que "la reacción de los precursores en relación a lo que se irá desarrollando como consecuencia del reordenamiento de las agrupaciones sociales por parte de la ciencia y, principalmente, de la universalización que introduce en ellas" (pág. 257).

Como este breve anticipo es fruto de las ganas de realizar el viaje con todo el tiempo que requiere, el último punto de este rápido vistazo no va a ser tampoco el último de los textos publicados. Posaré la vista en un título que me sugiere que este nuevo viaje es un volver sobre uno ya iniciado: "Introducción a la edición alemana de los Escritos". En él Lacan se plantea la cuestión sobre el sentido del sentido y dice que, más allá del entretenimiento académico, en la práctica clínica ese sentido del sentido es lo que se aprehende en lo que se escapa continuamente. Concluye dicho texto afirmando: "Cómo no considerar que la contingencia, o lo que cesa de no escribirse, sea el camino por el que la imposibilidad, o lo que no cesa de no escribirse, se demuestra. De esta manera se da testimonio de un real que, por no estar mejor fundado, es transmisible por la fuga a la que responde todo discurso" (pág. 559).

El penúltimo texto de este otro recorrido, si no contamos los anexos, es "Joyce le Symptôme". Pertenece al sexto paradigma del goce de Lacan, el de "No hay relación sexual", "Hay goce". Aunque el recorrido cubra textos que van desde "Nuestros antecedentes" hasta el final de la enseñanza de Lacan, no debe olvidarse que el billete esta vez se compró en Lituraterre. ¡Buen viaje!

Eduard Gadea

La formación del psicoanalista

Escuchar la formación... en la Escuela

Colocar sobre el tapete el tema de la formación es intentar poner a cielo abierto una zona de opacidad de la Escuela.

Habiendo hecho, tras Lacan, la crítica a la I.P.A., ¿no nos queda por hacer un análisis de lo que ha sido y es nuestra formación? Si la I.P.A. conserva su pervivencia por un *automaton* regulador, la alternativa en nuestra Escuela no es un "todo vale".

Decir no a algo, no supone saber a qué se diría sí. No se dirige en el movimiento lacaniano al "candidato" - ese pecado queda para la Internacional. El candidato en la I.P.A. sería culpable de dejarse tomar en lo que Kant llamaría su minoría de edad. Después de llamar a su puerta, una mano experta le marca el tiempo, le asigna su analista, le nombra a sus controladores.

En el movimiento lacaniano, el sujeto decide su recorrido: así ha sido, y así será. Por tanto la Escuela no podrá hacerse presente en la formación de sus miembros más que a posteriori.

Pero, ¿cómo "evaluar" ese trayecto? No se trata de una evaluación al modo académico, porque eso sería acudir a otro discurso para esa tarea. Por contra, se trataría de escuchar analíticamente ese recorrido, y la Escuela habría de habilitar los medios, los órganos para que esto sea posible.

Esto supondría, por ejemplo, elevar la formación a la dignidad de un síntoma analítico. Un síntoma es un tratamiento de lo real, y si Lacan dice que hay un real en la formación analítica, ¿no supone esto decir que la formación es una manera de tratar lo real y que lo real es la causa de las contingencias de su formación? Lo real habilitará unos caminos para el sujeto -en tanto el sujeto es respuesta de lo real- y bloqueará otros. La Escuela no puede ser sólo un espacio para soportar lo real: ha de ser también una forma de tratarlo.

Podemos afirmar, con esto, que el recorrido en la institución -recorrido del cual depende la formación de sus miembros, análisis incluido- es la estela, los efectos de su manera de tratar lo real, por lo que las respuestas del sujeto a la Escuela son deudas de su abordaje de lo real - desde un paso al frente, pasando por las renunciaciones, la ocultación, etc. Y esto ha de ser escuchado analíticamente.

Allí donde hay una *Bejahung* primordial a la Escuela, los derrotados de la *Verneinung* reflejarán un cuadro cuyo pronóstico será bien distinto al caso donde falta aquel primitivo sí.

Pero no basta ese primitivo sí: "Un esfuerzo más, analistas...". La "formación permanente" -sintagma de otros discursos- habremos de traducirlo para nosotros como someter el deseo a la prueba del día a día.

Dar cuenta de la formación es trabajar contra la pulsión de muerte que habita en el confort. Dar cuenta de lo hecho en nuestro recorrido es continuar el análisis... por otros medios.

No vale la interpretación cínica del "autorizarse por sí mismo". Que la Escuela tenga sus fallos, no autoriza la impunidad cínica.

Con *Scilicet* podemos saber lo que piensa la Escuela. Pero nuestro tiempo es algo distinto: que los miembros de la Escuela quieran decir y que la Escuela arbitre los medios para la escucha. Si esto no ocurriera, ¿cómo interpretar su no querer saber?

Manuel Fernández Blanco

El Cártel

El cártel; al menos en uno

El cartel, como El psicoanálisis, son dos viejos conceptos que, por su propio estatuto, gozan de lo que podríamos llamar cierta eterna juventud, cierta inconsistencia, cierto no saber. Vinculados ambos a una dinámica que quisiera pensar de torsión, que no de vaivén, el cártel, más joven, menos explorado, siempre como... a punto de tomar su lugar, pareciera tan escurridizo como el deseo y también tan insistente.

Esta herramienta (*made in* Lacan), diseñada como pilar, como base, junto con el pase, de lo que sería una Escuela Lacaniana aún en curso, que forma parte de la estructura que permite la puesta en marcha del pase en nuestra Escuela, ofrece cierta resistencia a generalizarse como el gran instrumento útil que podría ser, en la construcción de una escuela beneficiaria de este modo de hacer que permite el cártel... un intenso entramado de pequeños funcionamientos en intensión, como cimiento para esa supraestructura que ya es la Escuela Una.

Un tema, cuatro deseos, cuatro rasgos y un más-uno que descompleta con su deseo y su hacer la posible circularidad, que no circulación, de los conceptos, conforman este pequeño aparato que merecería ser puesto a prueba con decidido entusiasmo por todos y cada uno de los que formamos parte de esta Escuela Una, como decididos herederos, por elección y por trabajo de aquellos por cuyo deseo imparable estamos donde estamos, Freud y Lacan, por ejemplo.

Se insiste, a veces, en la dificultad en exponer las producciones que cada uno realiza en los cárteles; esto es hasta cierto punto verdadero: suele suceder que la producción individual toma forma de conferencia, escrito, ponencia, etc. Se nos olvida a veces que esto que se produce tiene su raíz en el trabajo en un cartel, se pierde esta pista, pero parece general la experiencia de que es en un trabajo de cártel donde ha surgido la idea que tomará consistencia en otros lugares como trabajo individual. Esto no deja de ser producto de los cárteles, no es imprescindible que el producto se presente como colectivo de cártel, solo reconocer uno por uno ese lugar llamado cartel, como provocador de ideas y de trabajo. Dicho de este modo, parecería extraño que alguien de nuestra Escuela no estuviese cartelizado, ¿verdad? ¿Cómo perderse utilizar un lugar tan productivo, casi como una chistera encantada?

El cártel pues, herramienta descompletada que ha dado muestras de servirnos para dar cuenta del testimonio de la descompletud del sujeto, para recoger los

decires sobre la castración en el uno por uno, se perfila también como lugar idóneo para la construcción de pequeños saberes que vendrían al lugar de la incompletud de la Escuela Una. Escuela que, si la tomamos como una, lleva implícito en el mismo concepto de uno el concepto de múltiple. Escuela que, como el sujeto, se completa con el objeto (a) para ser Una.

Si nos planteamos un momento de Escuela en el que, como parece que se perfila, apuntamos a la formación del analista de un lado y de otro el afirmarse hacia lo social en que el psicoanálisis es un discurso y no una terapia más, ni siquiera la madre de las psicoterapias como se le ha llamado, lo que da lugar a que algunos lo llamen "la abuela", con todas las connotaciones que ello trae. Si es un discurso, su estructura va a contracorriente de la sociedad actual que apunta al goce corto y continuo de la infinidad de objetos producidos. El cártel, ese microcosmos a la medida del no todo, parece la mejor herramienta de la que disponemos. Y es que pareciera que no acaba de llegar su momento, no como consigna de moda pasajera, si no como dinámica de automatón, como provocador de encuentros.

Agradecimientos a todos aquellos que han leído este texto como obvio y ya estaban en un cártel y a los que se han dado cuenta de que un cártel es en lo que estaban pensando en un sin saber de que se trataba.

Ricardo Rubio

El cártel en los primeros pasos de una sede

A los quince días de inaugurar la Sede de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis en Tarragona tuvo lugar la invitación al trabajo. El cártel ha sido una de las fórmulas elegidas para abrirse a la ciudad, y a tal fin fueron convocadas todas aquellas personas que habían manifestado su interés en participar en alguna de las actividades de la Sede. La convocatoria tuvo su eco y la presentación de los carteles contó con un grupo dispuesto a escuchar, lo cual de entrada no es poco.

Hay que convenir que invitar a trabajar resulta cuando menos chocante. Y no hay más remedio que promover el trabajo para hacer avanzar la causa psicoanalítica. Lacan, en el "Acto de Fundación de la EFP" de 1964 nos dice que: "la enseñanza del psicoanálisis no puede transmitirse de un sujeto a otro sino por las vías de una transferencia de trabajo", y nuestros recientes estatutos en sus disposiciones generales establecen que entre los medios de que dispone la Escuela para cumplir con los fines de la promoción y el desarrollo del psicoanálisis se encuentran los grupos de trabajo denominados cárteles. La referencia al trabajo es manifiesta, la responsabilidad implícita.

El cártel deviene una puerta de aproximación a la Escuela; una puerta que abre la posibilidad de participar desde dentro y desde los intereses de trabajo particulares de cada cual. Al no requerirse la condición de analista para encontrar un lugar en su interior, pueden ser varios, unos pocos o unos muchos, los profesionales y estudiantes que se acerquen al discurso psicoanalítico; algunos, los más, por vez primera. Y no se trata de cerrar la puerta de golpe y soltar un: ¡ya os tenemos! Se trata, eso sí lo sabemos, de sostener una transferencia de trabajo en el seno de un pequeño grupo que permita a los cartelizantes elaborar un producto. Se trata también de facilitar los medios para que los trabajos tengan la difusión debida, acorde a sus merecimientos.

Pero todo ello, aunque deba ser tenido en cuenta, se sitúa en un tiempo posterior. De momento en Tarragona nos encontramos en el tiempo previo a la formalización de los cárteles y es ahí, en ese punto, donde debemos afinar los modos y maneras para permitir que el recién venido encuentre, desde el inicio, un terreno debidamente abonado en el cual el trabajo prometido pueda ser desempeñado con la perspectiva de que el esfuerzo a realizar en un cartel merece la pena. De ahí la importancia de contar desde el comienzo con la implicación efectiva de todos y cada uno de los miembros de la Sede.

En un cartel no se ofrece un saber constituido, no se imparten clases en plan universitario en las que basta con escuchar al que todo lo sabe y, en su horizonte, no hay siquiera una promesa de título. Se ofrece un lugar para dejarse orientar por aquello que uno no sabe, se provoca un vacío, se invita a la elaboración de un saber, se promueve el poner a cielo abierto la elaboración y el producto final, se interrogan y trabajan los textos de Freud y Lacan.

Es responsabilidad primera de los miembros y socios de la Sede promover actividades para hacer vivir la Escuela y con ella el psicoanálisis, pero ahora mismo nos hallamos justo al inicio de un proceso de apertura a partir del cual esperamos crecer. Son nuestros primeros pasos como Sede de una Escuela que va más allá del "nosotros" local y en la que, uno a uno, contamos todos. Es precisamente porque deseamos contar con miembros, cercanos o viajeros, que os invitamos desde estas páginas a acompañarnos en nuestros primeros pasos y a hacerlo desde un cartel.

Juan Gibert i Salesas

El banquete de los analistas

Lo colectivo y el trabajo

Una pregunta vuelve una y otra vez en el curso de Jacques-Alain Miller *El banquete de los analistas*: ¿Cómo pasar del estado de grupo al lazo social que implicaría la Escuela? A tenor de las distintas crisis de las Escuelas y de la AMP no podría decirse que se trata de una respuesta fácil. Efectivamente, este curso de Jacques Alain Miller pone en acto el desbroce de las dificultades en un momento del movimiento lacaniano, hace ahora más de veinte años (1), pero al mismo tiempo extrae conclusiones del camino transitado y resulta por ello una orientación de la política del psicoanálisis. Es así que sorprende por su actualidad y, a un año de la fundación de la ELP, nos encontramos con un discurso que no retrocede ante los impases que plantea lo real del grupo analítico, y nos invita a seguir interrogándonos sobre lo que la Escuela es para cada uno.

Ya en el primer capítulo se enuncia todo un programa de trabajo sobre la base de tres órdenes de relaciones y su articulación entre sí: la relación de cada analista con sus analizantes, con el psicoanálisis y con los otros analistas. Poner de manifiesto estos tres órdenes y su articulación en el presente nos ayuda a situarnos y nos sirve de guía en las cuestiones candentes vertidas como propuestas de trabajo por el Comité de Acción de la Escuela Una.

En la Sede de Tarragona hemos tomado como eje de trabajo "La Escuela como concepto y como experiencia". Hay allí una tensión que reenvía a cada uno a esos tres órdenes de relación. ¿En qué medida nuestra Escuela, la ELP, se acerca a lo que debería ser la Escuela? En teoría cada miembro sabe que la Escuela como ideal es imposible, pero no por ello la función del ideal desaparece, sino que reenvía a cada uno a su relación con el ideal. De ahí que pase a primer plano el término de experiencia, en la medida que se propone un avance a nivel de uno por uno en relación a la causa analítica.

¿Como conjugar una experiencia, que es siempre subjetiva, con una formación colectiva? Esta es la paradoja de la Escuela (2).

Miller plantea en ese curso que Lacan decidió arreglárselas con el grupo analítico en forma distinta a la de Freud. Por eso calificó su Escuela de experiencia inaugural. Si hubo un retorno a Freud fue en la teoría, no así en la institución analítica. Pero Lacan supo extraer una enseñanza del fundamento del estado de grupo tan bien dibujado por Freud en *Psicología de las masas*.

Para Freud no hay diferencia entre la masa y el uno por uno, lo colectivo no es nada más que el sujeto de lo individual. Lacan supo esclarecer la lógica colectiva que se reconoce en la distribución freudiana que distingue la identificación horizontal, que liga a los semejantes, y la vertical que se establece sobre un no semejante a los otros. Parece que Lacan enfatizó el lazo de uno a otro estando advertido que para que se constituya un todo social es necesario que opere el no semejante. Si bien el estado dispersivo se supera por intermedio del al menos uno, Lacan avanza en tanto fundador de su Escuela presentándose él mismo como un sujeto que está solo con relación a la causa analítica, es decir, que no se propone él mismo como ideal.

"Pienso que Lacan lo destacó de la manera más simple, más elemental, con el término más-uno, que es en el fondo la fórmula que genera la serie" (p. 139). La función del más-uno en el cartel, órgano de base, muestra que no se trata tanto de una persona como un lugar de estructura.

Está en primer plano la transferencia, más cuando el discurso analítico solo procede del uno por uno. No es la transferencia en la cura, sino al nivel de la enseñanza del psicoanálisis. La tesis de la transferencia de trabajo viene en este lugar, planteándose que la transmisión del psicoanálisis se sostiene de una transmisión por recurrencia, de un sujeto a otro. Es el trabajo que se transfiere de un sujeto a otro, en recurrencia. Miller señala que Lacan propone para el final de análisis una teoría de la inducción, en el sentido que un deseo nuevo se presenta en el sujeto como trabajo. "Se trata de saber qué se hace de S(A barrado). (...) Puede extraerse de S(A barrado) la consecuencia del trabajo: precisamente por que el Otro no sabe hay motivos para construir, demostrar que la verdad es efecto de significativo" (p. 177).

Lo que se transmite es siempre algo del orden del deseo, y es en la medida que este actúe como causado que incita al trabajo. Si el universal del analista está vacío, lo que interesa a la Escuela es la experiencia de cómo este real pasa a la realidad, se efectiviza en lo que cada uno ofrece a la colectividad.

NOTAS: (1) S. Tendlarz, "El contexto del libro El banquete de los analistas de Jacques Alain Miller", y también A. Vicens, "Comentario a El banquete de los analistas de Jacques Alain Miller", en *Freudiana*, núm. 30. (2) Ver Jacques-Alain Miller, "Teoría de Torino acerca del sujeto de la Escuela", en *El psicoanálisis*, núm. 1.

La Escuela como concepto

En *El banquete de los analistas*, Jacques-Alain Miller propone construir los fundamentos del concepto Escuela y de esa manera darle la dignidad de lo necesario; se propone examinar hasta qué punto la Escuela responde a una necesidad de estructura. A su vez destaca que el término Escuela, hasta el año 1964, era algo inédito en psicoanálisis, y que la introducción del mismo es una consecuencia de la conexión establecida por Lacan entre el psicoanálisis puro y la enseñanza del psicoanálisis.

En ese curso, Miller pretende transformar la noción de Escuela en un concepto fundamental del psicoanálisis y mostrar que responde a la estructura de la experiencia analítica.

Trata de indicar las marcas que hacen de la Escuela un concepto analítico fundado en la clínica del fin de análisis.

Para conseguir ese propósito Miller plantea su hilo argumental a partir de lo que Lacan fijaba como condición de pertenencia a la Escuela, es decir una promesa de trabajo.

$x \text{ pertenece a } E \leftrightarrow T(x)$

$E = \{x, x, x, x, \dots\}$

$T(x) \rightarrow "a"(x)$

Así pues, para poder pertenecer al conjunto Escuela basta con ser un trabajador decidido, tener un proyecto de trabajo; a su vez ser un trabajador decidido implica que ese sujeto se pueda decir analista. El hecho de que la Escuela no obstaculice el que alguien se nombre analista, le hace decir a Lacan que el analista es un supuesto y que la fórmula "el analista solo se autoriza a sí mismo" es un principio del concepto Escuela; principio implícito ya en el Acto de fundación en el año 64.

Miller ubica al acto psicoanalítico en el vasto campo del "autorizarse a sí mismo", campo que se extiende a cualquier parte donde haya invención (poesía, filosofía, arte,...). En este sentido refiere que la noción de Lacan de que "a cada analista le corresponde reinventar el psicoanálisis", está incluido en el principio del autorizarse a sí mismo y que ambos forman parte del concepto Escuela.

Avanza en su desarrollo planteando que el que la Escuela pueda y deba garantizar que un analista proviene de su formación; también forma parte del concepto Escuela y que es de eso, de que el analista que se autoriza a sí mismo proviene de su formación de lo que garantiza la Escuela. Lacan distingue dos garantías, la dada y la demandada; así como una doble relación con la práctica analítica: a posteriori y a priori.

El AE, nombrado por el procedimiento del pase a partir del testimonio de su propio análisis, tiene que hacer una demanda de hacer el pase, entendido como prueba de capacidad. La novedad de Lacan es que su método permite detectar al analista a priori, independientemente de su práctica. Así pues, para Lacan, el momento de concluir un análisis y el instante de verse analista, son las dos vertientes que constituyen el pase.

Por el contrario, el AME es un título otorgado por la Escuela, destacando al analista regular en su práctica, al que dio sus pruebas. Es una habilitación a

posteriori, es el analista del momento de concluir. Es una garantía sin riesgo (también sin invención), al contrario de la garantía del pase que es arriesgada y del orden de la conjetura según Miller.

La existencia de la Escuela para Miller implica una gran paradoja a la que se aproxima a partir del discurso analítico y de los siguientes argumentos:

1. El pase concebido como una caída de las identificaciones del sujeto.
2. La teoría de la identificación en Freud como lo que permite la constitución de los grupos humanos.
3. El predicado $i(x)$ como equivalente a decir que el sujeto está identificado ("es identificable" dirá Miller en otro momento); y como otra manera de escribir $S1/\$$.
4. En esta perspectiva, el fin de análisis entendido como una desidentificación, como condición de que el analista pueda funcionar como tal.
5. La noción de que el analista opera con su deseo, entendido como una incógnita, significa que es capaz de hablar sin identificarse.

Siguiendo el hilo argumental de Miller, y partiendo de la definición del final de análisis por su objetivo, es decir, desidentificar al sujeto, se puede concluir:

1. Estar identificado le permite al sujeto formar parte de los grupos.
2. Un analista es un sujeto que ya no está identificado.

Esto plantea una paradoja, salvo que se demuestre que ser analista no es una identificación. Según Miller, son tres las posibles soluciones para el sujeto cuyas identificaciones han caído al final de un análisis. La tercera vía es la que indica Lacan: la posición del analista orientada por el objeto a como elemento refractario a la identificación. Distingue dos modalidades en esta tercera vía:

1. Desde la posición de a identificarse con el desecho, asumir la posición clínica pura. Posición calificada por Miller como la del nuevo amo.
2. Ante la emergencia de este nuevo amo, la vía que propone Lacan es la Escuela, ser miembro de ella bajo la égida del trabajo. En lugar del amo solitario y clínico la propuesta es la del trabajador.

La paradoja del concepto Escuela es proponer una identificación para el desidentificado. La definición ampliada de la identificación, donde están incluidos los tres niveles en una escritura única, le permite a Miller hacer de la identificación una condición de pertenencia a un conjunto.

$i = \{S1/\$, a--a', \$\diamond a\}$ (Fórmula ampliada de la identificación)

$i(x) \leftrightarrow x \text{ pertenece a } E$

[Léase i en lugar de i]

Ahora bien, el final del análisis pone en tela de juicio los tres niveles de la identificación. Con la negación del predicado $i(x)$ resume las diferentes fórmulas del sujeto resultante de la experiencia analítica.

El sujeto modificado en este sentido por la experiencia analítica es analista independientemente de su práctica. Hay un signo de equivalencia entre la negación del predicado $i(x)$ y el predicado $a(x)$; siendo a el predicado analista que es la negación de todo lo que hay dentro de i , de la fórmula ampliada de la identificación.

De las fórmulas anteriores se deduce: $a(x) \leftrightarrow x \text{ no pertenece a } E$, x no pertenece a ningún conjunto. Fórmula que traduce la imposibilidad del grupo de los analistas.

La paradoja es concebir a la sociedad analítica como conjunto de analistas. Una de las soluciones que propone Miller no solo no resuelve la paradoja sino que la

pone en evidencia y consiste en definir "el conjunto de los que no pertenecen a ningún conjunto": E^* .

x no pertenece a $E \leftrightarrow x$ pertenece a E^*

De esta manera el conjunto Escuela posee la estructura de la paradoja de Russell. Este conjunto diferente llamado Escuela no permite concluir que haya allí un analista, sino algo del orden de una incógnita: $?(x)$.

Luego, esta fórmula: x pertenece a $E^* \leftrightarrow a(x)$ "¡Está por verse!", dice Miller.

Suponer este nuevo tipo de conjunto implica, en términos lógicos, que no sea segregativo y que incluya a los a y a los no a . Miller define a la Escuela como el espacio donde se discute el predicado a y esto solo se puede hacer con la condición de que el no analista esté en la Escuela y no sea exterior al analista.

Miller distingue el funcionamiento de la Escuela del de una sociedad, donde uno sabe con quién se trata. En la Escuela no se está tan seguro; no hay un predicado compartido, sino el peligro de un predicado que siempre se puede discutir. Precisa que lo propio de la Escuela de Lacan no es saberlo todo, sino justamente no saber la definición del psicoanalista. Insiste en que hay que distinguir entre funcionar como analista y ser analista, distinción entre la función y el ser en la que se basa el procedimiento del pase.

Siguiendo con su argumentación lógica, afirma que, de manera implícita, funciona un rasgo identificatorio, y que a ese nivel lo que Lacan ofrece a los miembros de la Escuela, es la identificación con el trabajador: x pertenece a $E^* \leftrightarrow T(x)$, x es un trabajador decidido, uno que trabajará, no que trabajó.

Destaca la necesidad de distinguir entre grupo y lazo social para que el discurso analítico alcance su estatuto. Recuerda que el discurso analítico funda un lazo sin grupo, sin obscenidad imaginaria $a \rightarrow \$$, lazo que no se funda en una identificación del lado del analizante ni del lado del analista.

Concluye Miller diciendo que la experiencia analítica es el ejemplo que nos obliga a distinguir entre el lazo y grupo, lo que ofrece la posibilidad de que la Escuela sea un lazo que no daría grupo.

María José Olmedo

Baruch Spinoza en El banquete de los Analistas

En *El banquete de los analistas*, Jacques-Alain Miller explica su mención a Spinoza "porque él es la primera y la última palabra de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*... y porque me permite reunir los términos saber y goce".(1)

En efecto, Lacan enmarca el *Seminario XI* con dos referencias a Spinoza. Una al principio y otra al final. La primera formulación, la del principio, señala una comparación, una identificación entre la posición de ambos. La segunda, la que ubica al final del seminario indica su distancia respecto al filósofo.

En la primera referencia, Lacan señala una identificación entre las posiciones de ambos (Lacan es expulsado de la asociación Internacional de Psicoanálisis y Spinoza de la Sinagoga).

Una reseña biográfica de Spinoza nos permitirá situarlo en su contexto, en ese contexto donde padeció la excomunión.

Baruj Spinoza nació en 1632 en Amsterdam, en el seno de una familia judía procedente de Espinoza de Monteros, en Burgos, trasladada a Portugal y emigrada luego a Holanda a causa de la persecución religiosa. Su familia ocupaba en la comunidad un lugar notable: su padre formaba parte de los *parnassim*: el consejo rector. La familia siguió adscrita al área cultural de sus países de procedencia. Las lenguas de Spinoza fueron el portugués y el castellano. Luego aprendió el latín, con el que escribió toda su obra, y el holandés que nunca dominó tan bien como las lenguas de la península ibérica.

Educado en la escuela judía, se familiarizó con la Biblia y el Talmud. Estudió la filosofía medieval judía y la cristiana. También la del Renacimiento y las nuevas ciencias, interesándose por el cartesianismo. Con Van den Euden, ex jesuita, racionalista y librepensador, estudió latín. En su círculo aprende matemáticas, física y filosofía cartesiana. Van den Euden es acusado de ateísmo y de agitador político y fue ejecutado en Francia en 1674 por orden de Luis XIV.

En este círculo Spinoza entra en contacto con algunos judíos que cuestionaron la tradición y el papel de los rabinos. Uno de ellos fue Uriel da Costa, que terminó condenado por la comunidad en 1647 por negar la ley revelada y aceptar sólo la ley natural y perseguido, acosado, difamado, llegó al suicidio. Otro fue Juan de Prado, quien fue sancionado y excomulgado en 1656 por negar la inmortalidad del alma, afirmar que Dios existe sólo en el sentido filosófico y que la fe es inútil. Spinoza se hizo notar como uno más de este grupo. Pero mantuvo las formas con la comunidad hasta la muerte de su padre en 1654. A partir de ese momento se sintió libre y pasó a exponer sus ideas heterodoxas.

La comunidad judía pretendió su silencio y le ofreció una pensión. Ante su negativa pasó a la coacción, incluso se intentó el asesinato. Se lo excomulgó en julio de 1656. Desde el momento de la excomunión se convirtió en errante, sin lugar fijo, sin residencia estable, en huida permanente. Enfermo de tisis, muere a los 44 años, en febrero de 1677. Fue enterrado en una fosa común.

Como señala Miller, Spinoza merece que nos detengamos en él, en su sistema.

El racionalismo de Spinoza. - El filósofo plantea que, frente a los discursos más o menos literarios, hay un hacer que sólo recurre al entendimiento, a la razón: el matemático. Una proposición matemática es verdadera en todo tiempo y lugar. Hay que exponer la verdad *more geometricum*, donde el ropaje literario no existe, donde sólo cabe el asentimiento ante la verdad hallada. Lo *more geometricum* supone otro convencimiento: la verdad del pensamiento reside en el pensamiento mismo. Atenerse al pensamiento equivale abandonar el testimonio de los sentidos.

La verdad de la matemática reside en su coherencia interna y no en la adecuación a algo externo. El método geométrico implica partir, no de lo concreto y singular y ascender a lo general, sino lo opuesto. Hay que partir de los principios generales que engloben a todos los demás, que posean la mayor potencia deductiva.

Esta aspiración a hallar en las matemáticas el modelo de explicación, nos acerca la noción de Clínica spinozista.

Miller nos recuerda que la tesis de Lacan sobre la personalidad paranoica lleva como epígrafe, en latín, una proposición de la *Ética*: "Un afecto cualquiera de un individuo difiere del afecto de otro, tanto cuanto difiere la esencia del uno de la esencia del otro." [Libro III, Proposición 57] (2). Esto plantea la cuestión de que inicialmente Lacan pensó en una posible clínica spinozista.

Una clínica spinozista es una clínica matemática, nos indica Miller en *El banquete de los analistas*, que tiene como horizonte la demostración de orden matemático.

Sin embargo, el ordenamiento del mundo al modo de la geometría que plantea Spinoza, conlleva una teoría de la falta con la que el psicoanálisis disiente.

Miller escoge la carta XXI de la *Correspondencia Completa* de Spinoza (3). En esta carta, dirigida a Guillermo de Blyenbergh encontramos su doctrina de la falta.

Para este autor la falta no es nada, no tiene realidad.

El, en la *Ética*, afirma: "Por realidad entiendo lo mismo que por perfección". (Libro II, Definición 6) (4). Admitir que realidad y perfección son iguales implica que en la realidad no falta nada, la falta es sólo una idea inadecuada. Un ciego no carece de nada, la ceguera del ciego no tiene más realidad que la ceguera de una piedra.

Estas afirmaciones implican una desvalorización del pensamiento por comparación, puesto que si uno se imagina que el ciego carece de algo es porque se le compara con el que tiene vista.

Epistemológicamente, Spinoza critica el conocimiento por comparación, porque sólo produce entes de razón, que no poseen realidad.

En cambio, en psicoanálisis la falta es algo positivo, algo que no podemos sostener que no existe. Solo hay una falta, con varias modalidades: la castración. Y el conocimiento de la castración es por comparación. Miller nos recuerda que "Freud pone en escena el conocimiento por comparación para mostrar la naturaleza de la castración." (5)

El determinismo spinozista parece impedir la libertad humana. Voluntad y entendimiento son una sola y misma cosa. La libertad no existe porque si, es un cierto modo de pensar finito, requiere de una causa que lo determine a producir un efecto y esta requerirá otra y así hasta el infinito.

De aquí que la voluntad sea forzada: "Así pues, quienes creen que hablan o callan, o hacen cualquier cosa, por libre decisión del alma, sueñan con los ojos abiertos" (Libro III, Proposición II). (6)

Para Spinoza, el pecado no existe. La diferencia entre el justo y el ladrón no puede percibirse en relación a la idea de pecado. El justo y el ladrón son perfectos, pero no de la misma manera. El justo tiene una perfección más verdadera, perfección vinculada al saber de la causa.

Amor intelectual a Dios. - Así, para Spinoza, uno solo puede entenderse en el saber a partir de la causa. La experiencia analítica y la experiencia spinozista tienen un punto de encuentro en la idea de la causa. Para el psicoanálisis lacaniano se trata de conocer el propio matema, el matema del fantasma particular. Este saber no es sin consecuencia, tiene efectos al nivel de la pulsión, de la satisfacción.

Y Spinoza comparte con el psicoanálisis la idea de la relación del saber con la satisfacción. Pero donde el psicoanálisis introduce la noción del goce, que es también una satisfacción pero que no causa placer, Spinoza habla de beatitud.

El amor sin límites es el amor que inventa Spinoza al concluir su ética en amor a Dios, amor intelectual a Dios. En el orden ontológico Spinoza ha establecido que Dios es la sustancia única e infinita, primer principio y *causa sui* (causa de sí mismo). Ha establecido que solo hay una cosa en sí: la sustancia divina, única e infinita.

Amor intellectualis Dei: expresión latina que utiliza Spinoza, en línea con la búsqueda platónica del bien a través del conocimiento, o de la dialéctica platónica del amor, para poner de relieve la relación existente entre el conocimiento intelectual y la felicidad humana.

Al final de su *Ética* escribe: "...cuanto más goza el alma de este amor divino, o sea, de esta felicidad, tanto más conoce, esto es, tanto mayor poder tiene sobre los afectos, y tanto menos padece por causa de los afectos que son malos..." (Libro V, Proposición XLII). (7)

El Dios de Spinoza, señala Miller, es un "Otro muy especial, un Otro que no quiere nada". (8) En la Proposición XVII del Libro V Spinoza dice: "Dios está libre de pasiones y no puede experimentar afecto alguno de alegría o tristeza." (9) Y señala que Dios no ama a nadie, ni odia a nadie. Al final de la *Ética*, para Spinoza el sujeto es liberado de toda falta en ser para reconocerse como puro efecto signifiante.

Lacan se distancia de Spinoza porque afirma que es insostenible que Otro no quiera nada; en todo caso el Otro actúa ciegamente, no sabe lo que hace y lo que produce como resultado. Y aunque el Otro no tenga una voluntad de castración esto no impide que haya una castración resultante.

Si bien Lacan planteó una posible clínica spinozista, Miller nos muestra la diferencia entre la ética del psicoanálisis y la ética de Spinoza, aunque señala "comparten el hecho de fundarse en un no ceder, en perseverar en su ser". (10)

NOTAS: (1) Jacques-Alain Miller, *El Banquete de los analistas*, Paidós, Buenos Aires, 2000, pág. 79. (2) Spinoza, Baruch, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Alianza, Madrid, 1999, pág. 257. (3) Spinoza, Baruch, *Correspondencia completa*, Madrid, Hiperión, 1988. (4) Spinoza, *Ética*, pág. 111. (5) Jacques-Alain Miller, *El Banquete de los analistas*, pág. 69. (6) Spinoza, *Ética*, pág. 201. (7) *Ibidem*, pág. 427. (8) Jacques-Alain Miller, *El Banquete de los analistas*, pág. 292. (9) Spinoza, *Ética*, pág. 402. (10) Jacques-Alain Miller, *El Banquete de los analistas*, pág. 72.

Graciela Esebbag

Placita

Desde 1902, se agruparon en derredor de mí cierto número de médicos jóvenes con el propósito expreso de aprender, ejercer y difundir el psicoanálisis. (...) El pequeño círculo se amplió pronto, y en el curso de los años que siguieron cambió muchas veces de composición. (...) Desde el comienzo se contaron entre esos hombres los que estaban destinados a desempeñar en la historia del movimiento psicoanalítico importantísimos papeles, aunque no siempre faustos. (...) Yo podía estar satisfecho, y creo que lo hice todo para poner al alcance de los otros lo que sabía y había averiguado por mi experiencia. (...) No logré crear entre sus miembros esa armonía amistosa que debe reinar entre hombres empeñados en una misma y difícil tarea, ni tampoco ahogar las disputas por la prioridad a que las condiciones de trabajo en común daban sobrada ocasión.

Sigmund Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914)

Lo que tengo que acentuar muy bien es que, ofreciéndose a la enseñanza, el discurso psicoanalítico conduce al psicoanalista a la posición del psicoanalizante, es decir a no producir nada dominable, a pesar de las apariencias, sino es a título de síntoma.

(...)

La verdad puede no convencer, el saber pasa en acto.

Jacques Lacan, *Allocution sur l'enseignement* (1970)